



..... **M**OMENTOS **E**STELARES DE
.....
LA **N**ATURALEZA **E**SPAÑOLA
.....

BORJA CARDELÚS

COLABORACIONES DE :

MIGUEL DELIBES

JOSÉ MANUEL CABALLERO BONALD

ALFONSO DE URQUIJO

JOSÉ MARÍA DE AREILZA

JUAN DELIBES

ANTONIO MACHADO CARRILLO

ÁNGEL PERALTA

BALTASAR PORCEL

LA FLORACIÓN EN LAS CAÑADAS DEL TEIDE



En pocos espectáculos se levanta el telón tan despacio. Todo comienza en el horizonte lejano en forma de halo luminoso, primero tenue y violáceo para luego virar al rojo intenso. Arropados bajo gruesas mantas de lana, el frío nos hiere los ojos, la única parte de nuestra anatomía que exponemos a la intemperie, pues aquella cinta luminosa que se perfila junto al mar reclama toda la atención. Y mientras se desvanece la descomunal bóveda estrellada que flota sobre nuestras cabezas, surge alrededor un círculo perfecto dibujado con agua de mar oscura, como un inmenso disco colgado en el cosmos. Nos envuelve un silencio sideral, pues a 3.717 metros de altitud y a estas horas tan tempranas incluso el viento da una tregua para que despierte el día. Amanece. Hace mucho frío y recuerdo haber leído en algún libro que al pico del Teide, el techo de España, le faltan unos doscientos metros para alcanzar el dominio de las nieves perpetuas. Resulta casi cómico pensar en glaciares tan cerca del trópico. De todos modos ¡hace mucho frío, que demonios!, y no desvarío, pues incluso huele a azufre. El aroma proviene del suelo, de las solfataras que, según dicen los expertos, son las exhalaciones post-mortem de los volcanes. Mejor así, ya que sentado en la cúspide de una isla emergida de la mar a base de lava y fuego, no puede uno menos que evocar al divino Dante y su comedia sobre los infiernos...

A medida que se enciende el día los perfiles de Tenerife se hacen más patentes y el reguero de lucecitas que titilean allá abajo en la costa, se va apagando siguiendo la misma pauta que poco antes marcaron las estrellas. En la distancia yacen dormidas otras islas, Gran Canaria, La Gomera, La Palma y, más distante, El Hierro. Casi pueden verse Fuerteventura y Lanzarote, porque la transparencia del aire en estas alturas y latitudes pasa por ser una de las mayores del mundo. La atmósfera es seca y límpida, y con el sol los colores y formas llegan a nuestra retina con una presencia inédita, casi agresiva. Es el hiperrealismo al natural.

Viendo tanta roca calcinada y tanta escoria regurgitada por las entrañas de la tierra, se hace difícil concebir forma alguna de vida capaz de prosperar en estas inhóspitas regiones. Error el mío, pues en los mismos flancos del cráter, entre la lava negra y aun allí donde quedan lamparones de nieve endurecida, crece aprovechando las aguas del deshielo una planta, quizá la más delicada de toda Canarias, la violeta del Teide. Qué contraste más turbador, la fragilidad de sus pétalos lilas y el caos mineral que la rodea. Imagino el goce de Alejandro von Humboldt, espíritu sensible como pocos, a quien debemos el descubrimiento de este capricho vegetal allá por el año...

Es cierto, hay vida en este paraje lunar y la violeta humilde y fugaz que dejamos atrás es sólo el preludio de lo que nos espera más abajo, en las laderas del gran volcán y en Las Cañadas. Son éstas un territorio singular con forma de gran caldera, cuyo fondo se encuentra relleno de basaltos y que se sitúa todo él por encima de los 2.000 metros de altitud. En la mitad sur se levanta la pared a modo de semicírculo, mientras que en la mitad norte, si la hubo, quedó sepultada por la enorme mole del Teide. Todo allí es fruto del volcán; malpaíses de lavas negras o bermejas, pequeños conos de cinder cubiertos de arenas color mostaza, llanuras de pumitas amarillentas, bloques laberínticos de dura roca o escoria vacuolar veteadas de obsidiana, ese vidrio volcánico que juega con las iridiscencias de la luz. No se ve apenas tierra; debe esconderse en las fisuras o permanecer oculta bajo la última capa de

LA FLORACIÓN EN LAS CAÑADAS DEL TEIDE

«picón» llovida del cielo. Pero las plantas sí que la encuentran, y hay muchas plantas en este atormentado paisaje.

La naturaleza es una dama orgullosa y testaruda que se empeña en meter vida allí donde más difícil se lo ponen. Nieve y frío en invierno, calor en verano, enormes contrastes de temperatura entre el día y la noche; la radiación ultravioleta que incide con violencia a través de un aire ralo incapaz de filtrarla; lava como sustrato, tierra escasísima y un aire reseco más propio de los desiertos, en el que he visto momificarse el cadáver de un cuervo sin dar tiempo a la putrefacción a iniciar su labor regeneradora. Resiste o perecerás.

Las plantas que crecen en Las Cañadas muestran síntomas claros de adaptación al rudo clima de alta montaña. Sus formas bajas y almohadilladas, las hojas tomentosas para evitar la desecación o la peculiar estructura en roseta de los tajinastes, con su gigantesca inflorescencia vertical. Alguna ventaja debe tener esta peculiar conformación, pues la he visto repetirse, muy parecida, en el «sable de plata» que crece en las cumbres del Haleakala, en Hawaii, o en los más humildes y variados «frailejones» que tapizan los páramos andinos en Suramérica. Misterios de la morfología vegetal.

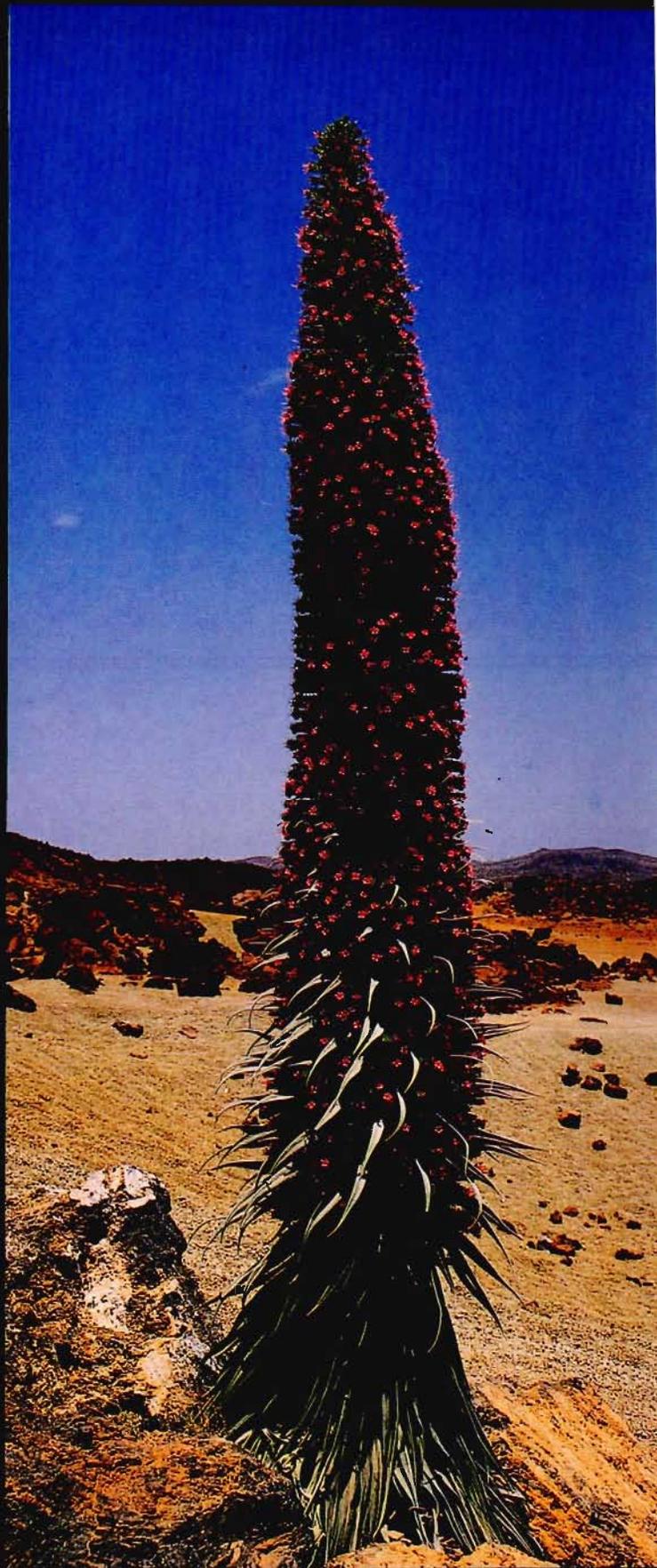
Sin embargo, la estrategia de supervivencia más extendida entre las plantas que pueblan la alta montaña pasa casi desapercibida al ojo laico, a pesar de ser tan patente; casi escandalosa, diría yo. En un medio tan adverso y pobre en suelo, la oportunidad de que una semilla caiga en un decímetro de tierra fértil es muy escasa, mucho menor que en los ambientes forestales o en las vegas de las zonas bajas. Por ello, las plantas suplen este escollo de un modo sencillo y directo, produciendo más cantidad de semillas, o lo que es lo mismo, disponiendo de más flores. Si se comparan las especies propias de las cumbres con sus congéneres de hábitats menos hostiles, se apreciará cómo sus espigas o racimos son más largos y numerosos y cómo, en definitiva, cargan muchas más flores o éstas son más grandes y hermosas. De ahí que la primavera en las altas cumbres de Tenerife sea una estación tan extraordinaria y magnífica, no exenta, sin embargo, de cierto desespero. Debido al frío y la altura, la «superfloración» llega con retraso, pero llega con violencia para apurar el poco tiempo disponible antes de que la sequedad del estío se imponga inmisericorde.

La floración en Las Cañadas es un espectáculo único en el mundo, porque único es el entorno geológico que la enmarca; la atmósfera traslúcida que la envuelve y únicos son también sus protagonistas, especies vegetales que han evolucionado aisladas en este universo apiario, ajenas al diente de los herbívoros, al fuego del hombre y forzadas por el medio a producir más y más flores. Todas las plantas que aquí vemos son cautivas obligadas de su presidio ecológico y marchitan trasladadas a otros predios: son endemismos, en términos científicos. Así lo evocan los nombres que en su día le dieron los botánicos: *Nepeta teydea*, con el Teide por apellido, o *Spartocytisus supranubius*, la que vive por encima de las nubes. Y hoy las circunstancias hacen honor a tal nombre, porque Las Cañadas y el Teide emergen de entre un incipiente mar de nubes que se arremolina alrededor de Tenerife para hacer otra isla de la isla.

Parece casi un milagro cómo aquel paisaje lávico y abrupto, donde la planta ora se funde con la roca en mimética complicidad, ora se dulcifica y engalana con un manto puntillista de millones de

pétalos. Domina la retama, desmelenado arbusto de flores rosáceas primero y luego blanquecinas; su contrapunto son las pelotas amarillas de las hierbas pajoneras que crecen agrupadas a modo de rebaños de ovejas; o las magarzas de cabezuelas apretujadas orladas de blanco níveo y corazón de oro. El alhelí del Teide señala los caminos con hiladas de espigas floridas en la gama del rosa al violeta, y de vez en cuando junto al sendero o encaramado en las laderas entre los bloques de roca, emerge impetuosa la inflorescencia magnífica del tajinaste rojo, más alta que un hombre, más gruesa que un tronco y tapizada por miríadas de flores de puro color carmín. Admirado entre las admiradas, es el orgullo de Tenerife y símbolo de su caprichosa naturaleza botánica. Junto a él, sigue una cohorte de corazoncillos, tonáticas, codesos, conejeras, rosalitas de cumbre, tajinastes picantes de delicadas flores azul celeste, pasteles de risco, malpicas y muchas plantas más, anónimas, que todas contribuyen a la orgía floral de las cumbres, a revitalizar el sueño pétreo de los malpaíses, de los campos de pómez, de las lenguas de lava...

El aire rebosa con aromas indescifrables y toneladas de polen recorren los más recónditos resquicios en busca del pistilo prometido. Estornudo, no puedo evitarlo, y también a mi oído llega la floración, esta vez en forma de zumbido: es el ajetreo incesante y cansino de abejas y antoforas que no desperdician un minuto de sol para cumplir con sus funciones de inadvertido alcahuete. En realidad, la floración no es más que la expresión vegetal de un exabrupto biológico en el que participan muchos más seres, diminutos e imperceptibles la mayoría, pero no por ello menos fascinantes.



LA FLORACIÓN EN LAS CAÑADAS DEL TEIDE

Rompe el murmullo de fondo el ronco zumbar del moscardón asílido que como un siniestro helicóptero de combate persigue a la mariposa de vuelo destartado. La araña cangrejo espera impaciente y disfrazada de flor a que algún incauto se pose sobre ella para recibir el falso néctar de sus quelíceros. Bajo los pétalos dorados del codeso descubrimos un mírido de frágil diseño que succiona con fruición la savia benefactora, y queda paralizado al saberse descubierto a pesar de su esmerado camuflaje. La araña zimirina, con su dorso festivo, recompone inquieta la tela destrozada por el vuelo del silvido, pájaro torpe y desaprensivo que busca su alimento sin respetar el trabajo ajeno. En el suelo, las pimelias, escarabajos negros de cuerpo rechoncho y voluminoso, deambulan entre los guijarros con aire absorto pero atentos a los restos vegetales que en su glotonería dejan caer las orugas que devoran las retamas. Todos tienen trabajo. Comer, procrear o ser comido, siguiendo los cánones del carrusel de la vida; todos al unísono para aprovechar esos pocos meses de fertilidad y producción biológica que señala la floración a modo de cabeza de iceberg.

Con la llegada de las sombras, cuando Las Cañadas se inundan de plata lunar, tampoco cesa el trajín: es la hora de los noctámbulos y las flores parecen intensificar los aromas. A su reclamo acuden ciegas las polillas y apagaluces que en vuelo sostenido desenrollan la espiritrompa para vaciar embriagadas la dulce copa de néctar, y con ellas continúa involuntario el trasiego de polen fecundador. Después de su cópula parricida, la mantis trepa siniestra por los arbustos al acecho de más víctimas, sean quienes sean. Mientras, sobre las piedras oscuras dos machos de araña zelotes buscan camorra entre ellos para decidir quién se queda con la dama. No cabe duda. La floración ensalza la libido de la naturaleza y la sexualidad recorre Las Cañadas sin perdón ni excepción.

Y luego, poco a poco, las flores irán desapareciendo arrastradas por el viento, devoradas por el apetito de los insectos o, marchitos sus pétalos, darán paso a las bayas y legumbres, frutos de su anunciado embarazo.

La policromía floral creció como una marea, tuvo su cénit y ahora se apaga lánguidamente en manos del estío, exhausta, con placidez, en silencio... Allí quedarán las semillas reposando entre recovecos e intersticios, anhelantes y deseosas de poder propagar su estirpe, pero expuestas a su azaroso destino. Sólo unas pocas verán la tierra prometida.

De nuevo, Las Cañadas adquieren su manto mineral y se preparan para el advenimiento de la nieve y del ciclo que vuelve a empezar. Así es la vida. Así de simple y hermosa.

Antonio Machado Carrillo